

## Problemas, paradojas y paradigmas. Una reflexión educativa en el año bicentenario

# Editorial

### Educación: problema y solución

Hace casi 20 años, Fernando Reimers, profesor de la Universidad de Harvard, Estados Unidos, y participante en la reforma educativa salvadoreña de 1994, publicó un ensayo en el cual señaló tres paradojas educativas en América Latina que siguen siendo vigentes hoy en día<sup>1</sup>. La paradoja que más llama la atención es que las escuelas, de manera simultánea, son parte del problema y parte de la solución de los desafíos socioeconómicos que enfrentan los países. El año bicentenario salvadoreño ofrece una oportunidad de reflexionar sobre la educación y su aporte o, al contrario, su obstáculo en el desarrollo. Al revisar los desafíos educativos en El Salvador, se encuentra que el problema educativo es sumamente complejo y está arraigado en las realidades económicas, sociales y culturales del país. La complejidad de las dinámicas educativas genera unas paradojas que van contracorriente a las metas desmesuradas que se han trazado en la política educativa. La respuesta de solución es una cuestión de fondo: supone la transformación de paradigmas que subyacen la visión y formas de pensar sobre qué es educar y que sostienen la participación de cada actor educativo y las estructuras organizativas que desarrollan procesos educativos.

### El problema educativo: síntomas de una enfermedad

Basta con preguntar a sus amistades o extraños en la calle, o revisar los medios de comunicación, para palpar los problemas educativos que padece la población salvadoreña. Desde antes de la pandemia por la covid-19, se percibía un descontento latente debido a que la educación no está cumpliendo su función ni llenando las expectativas de sus beneficiarios. La publicación anual de los resultados de la PAES (Prueba de Aprendizajes y Aptitudes para Egresados de Educación Media) es como la película de terror del año por la zozobra que genera en la sociedad salvadoreña. La gran cantidad de estudian-

1 Reimers, F. (2002). Tres paradojas educativas en América Latina. Sobre la necesidad de ideas públicas para impulsar las oportunidades educativas. *Revista Iberoamericana de Educación*, 29, 131-155. <https://doi.org/10.35362/rie290954>

tes que opta por no estudiar, especialmente después de tercer ciclo, refleja la ambigüedad sobre los beneficios de la educación. El “dime que te diré” sobre el trabajo docente que entretiene en las redes sociales; los anhelos de una mejor infraestructura y mayores recursos (como computadoras); aunado a esto, la violencia social que cohibe la asistencia escolar, y las bajas tasas de matrícula y altas de repitencia dibujan un retrato no muy alentador de la situación educativa. A pesar de todo, la educación sigue siendo considerada un factor de éxito para la vida en la mayor parte de la población.

Más allá de la *vox populi*, hay datos que deben preocuparnos a quienes estamos pensando la educación nacional. A casi 30 años de la última reforma educativa, mucho se ha invertido para fortalecer el rol de la educación en el desarrollo del país. Sin embargo, la tasa neta de matrícula antes de la pandemia por la covid-19 era más baja que 15 años antes y se iba disminuyendo con el avance de los grados. Si bien hay que aplaudir que el promedio global de escolaridad en El Salvador va en aumento, los niños, niñas y jóvenes no están completando su educación secundaria y, por ende, no acceden a una formación más especializada posbachillerato. Los esfuerzos desde el 2010 para proveer uniformes, paquetes escolares y alimentos no han sido suficientes para revertir la tendencia de abandono de la escuela. Y es de esperar que la situación se agudice con los efectos de la pandemia.

Después de más de 30 años, es preocupante la falta de asistencia escolar. ¿Por qué no asisten a la escuela? Las razones son complejas e intrincadas. En buena medida, están relacionadas con la demanda, es decir, vinculadas a factores económicos de las familias salvadoreñas. En otras palabras, las personas en edad escolar no estudian porque la familia prefiere que trabajen, o no puede cumplir con los compromisos económicos mínimos que implica estudiar, como transporte, refrigerios o algunos materiales. Para las niñas, hay mayor presión de apoyar en las tareas domésticas y, en los varones, de contribuir al ingreso económico. Otra razón recurrente de abandono es la simple falta de interés por el estudio.

Sin embargo, la no asistencia y el abandono escolar también están vinculados a factores por el lado de la oferta, especialmente relacionada con la poca seguridad social. El ambiente de violencia social en los entornos comunitarios y escolares afecta la oferta de una educación segura. Aunque las escuelas reportan varias razones de abandono de los estudios, tres pueden estar vinculadas a la inseguridad: la migración, el cambio de domicilio y el acoso de pandillas. La presencia de pandillas afecta la asistencia por su dinámica de control territorial, en la cual los estudiantes que residen en una zona controlada por una pandilla pueden tener dificultades en cruzar a la zona de otra agrupación rival. Efectivamente, una escuela ubicada en el límite de las zonas de dos pandillas representa un riesgo mayor. Al interior de la escuela, los estudiantes vinculados a una pandilla pueden contribuir a un ambiente inseguro si realizan actividades de reclutamiento, acoso, venta de drogas, o incentivando el abandono escolar.

Las condiciones físicas, la infraestructura y los recursos contribuyen también a la baja percepción de calidad de la educación. Numerosas escuelas públicas aún no cuentan con luz eléctrica, servicios sanitarios lavables ni agua de cañería. En cuestiones de equipamiento para el aprendizaje, es preocupante que se observe como normal una escuela sin aulas de cómputo o informática, bibliotecas o laboratorio de ciencias, áreas recreativas o sala de profesores. En todos estos recursos, el sector privado de educación es obligado a tenerlos en su proceso de acreditación, mientras que el sector público carece de estos apoyos valiosos al aprendizaje.

Finalmente, bajo la lupa está el actor principal en la educación: los docentes. Mucho se enfatizan las aparentes carencias en formación inicial y continua, ya que los pocos resultados de aprendizaje se atribuyen equivocadamente, en una línea directa, a las deficiencias docentes. No obstante, un análisis más sistémico pone en evidencia que el marco legal docente es ambiguo y reducido y no contribuye a una carrera verdaderamente profesionalizante, por fallas en la gestión de la labor docente e inhumanas condiciones de trabajo. El ecosistema educativo no estimula ni garantiza una labor docente de calidad, como se merece la niñez y la juventud salvadoreña, sus familias y la sociedad, y los mismos docentes.

Asistir a la escuela es el primer paso, pero la calidad de la oferta educativa contribuye a mantener la asistencia y el avance en los aprendizajes. La calidad es compleja y difícil de conceptualizar y medir. En El Salvador, suele valorarse por los resultados de la educación, la oferta de condiciones físicas y el trabajo docente. En aspectos de resultados, la única medida universal es la PAES y, en el 2020, la prueba Avanzo. La primera evaluó el dominio de competencias en las cuatro asignaturas básicas y la última incluye aspectos actitudinales, socioemocionales y de orientación vocacional. Con una nota global de reprobación durante la mayoría de los años, se refleja poco aprendizaje en relación con el currículo. Aunque la prueba estandarizada no es la única medida válida, genera la interrogante sobre la calidad de los aprendizajes de quienes asisten a la escuela. En fin, expresa síntomas de algo que no anda bien.

### **Las paradojas: contra la lógica**

El conjunto de problemas educativos introduce y subraya las paradojas propias del sistema educativo salvadoreño. La primera paradoja de la educación es que sus actores clave —la familia y el profesorado— son simultáneamente el problema y la solución. El discurso es siempre acusador: la familia no dedica tiempo, no apoya a sus hijos, interfiere a los docentes, demanda mucho de la escuela. Los docentes no tienen buena formación, les falta vocación, están desactualizados, son “haraganes” y un largo etcétera. La tendencia es siempre buscar un culpable, incluyendo hasta los medios de comunicación y los teléfonos celulares por sus malas influencias. La paradoja es que la educación, como compromiso colectivo, necesita unir esfuerzos, no dividir a sus actores en culpables y víctimas. Este es un síntoma de una enfermedad estruc-

tural que, a falta de soluciones, termina acusando a otros antes que asumir responsabilidades.

La segunda paradoja de la educación salvadoreña es que, en lugar de ser un mecanismo equilibrador, no solo mantiene, sino que aumenta las brechas y desigualdades en la sociedad. La excelente idea de universalizar la educación conlleva una teoría implícita de que ir a la escuela llevará a una nivelación de oportunidades, independientemente de los factores socioeconómicos de origen de los aprendices. Pero nuestro sistema no logra contribuir a nivelar inequidades económicas y sociales, realidad que se ha evidenciado y agudizado aún más en tiempos de pandemia por la covid-19. El quintil más bajo de ingresos asiste menos a la escuela y su escuela es de menor calidad, especialmente en la zona rural, que ofrece inferiores condiciones y menos grados educativos. El quintil más alto de ingresos asiste más a la escuela y completa más grados. Por lo tanto, la educación no cierra las brechas socioeconómicas; los empobrecidos tienen una educación pobre y abandonan la escuela porque no encuentran en ella una oportunidad.

La tercera paradoja es que los obstáculos para estudiar son mayores que los beneficios. Quisiéramos creer que a mayor educación mayor oportunidad de empleo; sin embargo, el sistema económico actual no sostiene esa teoría. Predomina, al contrario, el acceso a capital cultural y la cercanía a las zonas urbanas que contribuyen más al éxito laboral que la educación obtenida. Tener educación en una comunidad rural no garantiza un trabajo significativo ni digno para desarrollarse plenamente; las oportunidades urbanas y relaciones sociales influyen más. Y, aunque la educación también aporta al desarrollo personal, a desarrollar las competencias ciudadanas y a la cohesión social, estos beneficios son difíciles de percibir en un contexto de crisis económica.

En resumen: los obstáculos para asistir a la escuela son múltiples. Van desde la necesidad de mano de obra que contribuya al ingreso familiar, hasta la inseguridad, las distancias geográficas para acceder a otro nivel educativo y las creencias familiares y comunitarias sobre la poca importancia de la educación. Y, al sopesar los beneficios percibidos frente a los obstáculos, a menudo ganan los obstáculos y los estudiantes optan por no ir a la escuela. Si estudiar no significa mejorar las oportunidades, no vale la pena el esfuerzo.

La pandemia por la covid-19 ha cimentado y profundizado este hecho, con el surgimiento de nuevos obstáculos para el estudio, como el acceso a internet o a un dispositivo móvil, y el aumento en la precariedad económica de las familias. Aunque gracias a la Constitución de la República la educación es gratuita, siempre hay costos asociados; ahora incluyen el pago de internet y saldo para el teléfono. Las familias pueden valorar conceptualmente que la educación es importante, pero en realidad, cuando la necesidad económica, la distancia, el peligro y la carencia de dispositivos la obstaculizan, resulta mejor no estudiar.

La covid-19 puso en evidencia las debilidades de la educación en El Salvador y agudizó la crisis de un sistema cuyos resultados no logran contribuir a

superar inequidades económicas y sociales. Es un mal histórico que no se ha podido corregir aún después de varias reformas educativas parciales, que no han logrado transformar la esencia de la organización del sistema educativo.

De ahí que el mayor desafío en la educación salvadoreña hoy día es convertirla en una oportunidad de igualar oportunidades en la vida de los salvadoreños, no condenarse a seguir en el mismo ciclo vicioso de la pobreza. Y esto requiere de una transformación estructural —en palabras del padre Ignacio Ellacuría— y una transformación de las personas —como afirma el pedagogo brasileño Paulo Freire— porque la educación cambia a las personas que van a cambiar el mundo.

### Los paradigmas: clave de transformación

Ante un cuadro tan desalentador del estado de la educación en El Salvador, es importante reconocer los esfuerzos valientes de los docentes superhéroes que luchan a diario por llevar adelante la educación en situaciones no óptimas. Hay que destacar los esfuerzos de aquellas familias que hacen el máximo sacrificio por apoyar a sus hijos en la escuela. Y estos esfuerzos llevan en sí mismos un germen de esperanza: todo problema es una oportunidad para construir soluciones. Develar los problemas y las paradojas de la educación salvadoreña implica también examinar los paradigmas sobre los cuales se concibe y se hace educación. Si se quieren otros resultados, la solución de fondo pasa por transformar los paradigmas.

¿Para qué educar? Esta es la pregunta de fondo. La base del sistema educativo pasa por la racionalidad y la lógica de comprensión de la educación y de su función en la sociedad. Por una parte, la educación puede comprenderse como un beneficio personal o colectivo, que contribuye al desarrollo económico nacional o al desarrollo personal. Por otra parte, no hay consenso sobre la función de la formación escolar de reproducir la cultura o de transformarla, de buscar homogeneidad o aceptar la diversidad. Y, por último, no hemos dedicado tiempo a pensar preguntas como: ¿a quién le corresponde educar? ¿Es un compromiso del Estado o un compromiso y tarea de la familia? ¿Cuáles son los espacios de educación? ¿La escuela, la familia, los medios de comunicación, las amistades, el internet?

El microsistema escolar vigente está cada vez más desconectado de su propio contexto. Concentra sus esfuerzos en desarrollar los contenidos de las asignaturas básicas y deja de lado el aprendizaje de la convivencia humana y las habilidades para la ciudadanía constructiva. El contenido principal de la educación se ha comprendido como el dominio de materias disciplinares en detrimento de las relaciones educativas basadas en la igualdad de género, la convivencia pacífica, la participación democrática y la mediación pedagógica.

Más que desarrollar teorías pedagógicas o debatir enfoques educativos, el paradigma de fondo es la racionalidad de cómo se define el problema educa-

tivo y cuál es su relación con la solución. Y acá entran en conflicto ideologías políticas y económicas. Las ideas tan surtidas sobre educación vislumbran unas disyuntivas y tensiones por resolver ante los distintos paradigmas de la educación.

Los problemas, las paradojas y los paradigmas llaman a enfrentar diversas amenazas hacia un futuro educativo incierto: el aumento de inequidades, el ensanchamiento de las brechas en oportunidades, la pérdida de interés en la educación formal, el rezago de habilidades para el futuro, la imposición de mayor control en lugar de mayor flexibilidad. Sin embargo, el escenario educativo actual también ofrece oportunidades, como una creciente preocupación colectiva por la educación, mayor participación de las familias, el cuestionamiento de la relevancia de la escuela, la formación de redes docentes, el uso de las TIC y una mayor autonomía de las escuelas ante los problemas locales.

El cambio de paradigma para enfrentar los problemas y las paradojas en la educación salvadoreña requiere de una transformación de estructuras, lo que permite mayor participación e involucramiento en educación por parte de sus actores clave. Hay que reconocer que la escuela no es el único espacio educativo, por lo que debe coordinarse e integrarse más con la familia, la comunidad y la cultura más amplia. Educar es un proceso a lo largo de la vida, continuo e integral, no limitado a un currículo y a un horario estándar para todo el país. La educación cambia a las personas, quienes pueden transformar su realidad como sujetos activos, con las herramientas obtenidas en una formación más integral, con amplios conocimientos, diversas habilidades y capacidad crítica. En este bicentenario, es momento de impulsar un diálogo profundo para transformar el paradigma colectivo sobre la educación, vinculando múltiples actores y procesos sociales para enfrentar problemas y resolviendo las paradojas. De esta manera, la educación puede ser solución para un buen desarrollo del país; al contrario, la escuela podrá desaparecer como institución social relevante.